

Acompañamos hasta el momento de partir el tren al Sr. Mazzantini, y nos consta que en lo único que lo hirieron fué en su amor propio y en sus sentimientos nacionales; precisamente donde han sido heridos todos los españoles que oyeron gritar *mueras* á España. Mazzantini rompió el contrato que tenía celebrado para Otoño, importante cincuenta y cinco mil pesos, y nos asegura que otro tanto daría por no verse expuesto á otro atropello tan brutal. La impresión que lleva es trístísima, pues nos dijo que la primera silla la tiró al redondel un hombre vestido de persona decente. Deja Mazzantini muchísimos amigos en México, y no será difícil que cuando el susto y la sorpresa le hayan abandonado acepte un nuevo contrato. Se fué creyendo que las autoridades castigarían severamente á los promovedores del motín, y sintiendo mucho que en México se den aún casos semejantes.”

Muchas páginas podríamos llenar aún con el relato de los desagradables incidentes originados por aquella resurrección del poco culto espectáculo; pero el asunto me desagrada, y para concluir con él citaré únicamente el que sigue que refirió el *Monitor Republicano* en su núm. del 22 de Marzo; bajo el título de *Resultados de los toros*:

“Nos cuentan que hace pocos días un grupo de toreros españoles iba pacíficamente por una de las calles principales, á la sazón que otro grupo de ciudadanos mexicanos venía por el mismo rumbo. Nuestros compatriotas reconocieron á los hijos de Cúchares y les dijeron: —¡Viva Ponciano Díaz! —¡Viva!—contestaron los toreros españoles. —¡Muera Manzzantini! . . . —¡Muera!—contestaron ellos. —¡Muera España! . . . —Eso sí no, dijeron ellos, sacando los revólvers y las navajas. En la parte contraria se hicieron los mismos aprestos bélicos, y si la policía ¡cosa rara! no acude á tiempo, hay una de todos los diablos. Esto pasó el sábado en la noche. Todo ésto no viene al caso; el nombre de la culta España está muy elevado para que se le mezcle en estas cuestiones triviales.”

Pongamos ya punto final á este capítulo, y advirtamos á nuestros benévolos lectores que no deben extrañar que en lo de adelante escaseén nuestras referencias á las corridas de toros, como han escaseado siempre, desde que principiamos este libro.

Quédese pues para otras plumas la para nosotros ingrata tarea de referir los solemnes estrenos de las Plazas de Colón y del Paseo, verificados el Domingo de Pascua, 10 de Abril de ese año, con tan numerosa concurrencia que sólo con los espectadores de las funciones de esa tarde en uno y otro circo, pudiera haberse llenado el Gran Teatro Nacional las diez noches del casi desierto abono de Sarah Bernhardt. No eran pues ni el dinero ni la gente lo que faltaba: lo que no había eran buen gusto y recto criterio para saber elegir.

Pero dejemos este asunto y evitémonos inútiles declamaciones, ya

que, según dijo la Comisión del Décimo Tercero Congreso, “sólo el sentimentalismo exagerado de unos cuantos puede condenar un espectáculo que á más de ser peculiar de nuestra raza, revela nuestros precedentes históricos y marca el genio é índole propios de nuestro pueblo.” *Cuando su merced lo dijo, estudiado lo tendría.*

CAPITULO III

1887.

De los demás teatros de México mientras nos visitaron la Patti, la Bernhardt y Mazzantini, es decir, en el primer trimestre de 1887, poco hay que contar. En la calle de San Camilo se inauguró en principios de ese año ó en los días últimos del anterior, un pequeño pero bonito teatro de barrio, que se bautizó con el nombre y apellido de la insigne cantante Angela Peralta, y fué estrenado por la sociedad lírico dramática que llevaba el mismo título, con las comedias *No la hagas y no la temas* y *Champagne frappé*, en que se distinguieron dos guapas aficionadas, las Sritas. Río de la Loza y Alvarez de la Cadena. Siguiéron después dando allí funciones de zarzuela, Caritina Delgado, el tenor Morales y otros artistas. En Arbeu se exhibía el fenómeno *la Mujer sin brazos*, y se representaba el drama *Bruna la turronera*. En el Principal era muy aplaudido el apropósito *Mayer ó la Patti*, en el que Concha Méndez estaba muy oportuna y graciosa, ó se convocaba al público infantil con *La pata de cabra*, *El Diablo Verde* y *La Redoma Encantada*, todas ellas *montadas* no ciertamente á la alta escuela escénica. Algunas noches cedía su foro al Dr. Nicolay y á su hermosa sonámbula Miss Rosina para sus espectáculos de hipnotismo, que seguían agradando. En una de sus funciones de tarde, la empresa Soots, que era la arrendataria del viejo coliseo, encomendó el papel de *Don Simplicio* en *La pata de cabra* á Paca Sáenz, y excusado parece decir que muchos pollos y no pocos gallos no podían comprender cómo *Doña Leonor* se resistía á casarse con un tan simpático *Simplicio*. En el Circo Orrin encantaban como siempre los *Majiltons*, los *Minstrels*, los *Guaracheros*, *Ricardo Bell*, *Carlota Aymar*, el *Rey del fuego*, y de vez en cuando algo verdaderamente curioso como los *Thaumascopes*, aparatos y experiencias muy vistosos y divertidos é instructivos, presentados por un físico y electricista americano.

Ausente ya la artista francesa y vacío el Nacional, Manuel Estr-

da dió á conocer allí el drama de Gassier *Juárez ó la Guerra de México*, tan sonado en el *Chateau d'Eau* de París. Esa defectuosa composición teatral, plagada de errores y anacronismos, fué presentada por el actor mexicano con un sumo cuidado en el disfraz de sus actores, que ofrecieron casi retratos de los personajes históricos que allí intervienen. De todo hubo en aquella función; dianas y aplausos cuando se presentaba *Juárez*; risas y chistes cuando apareció *Lerdo* restregándose las manos; mueras, silbidos y ceceos al salir *Bazaine* y el *P. Fischer*, y respetuoso silencio al atravesar la escena *Maximiliano*, *Carlota*, *Miramón* y *Mejía*. En Arbeu, tan pronto honrado como abandonado por ya unas ya otras compañías, trabajó en Febrero, con pésima fortuna, el actor Rosado, quien durante un par de Domingos llamó la atención con *La Serpiente de los mares*, drama terribilísimo rebosando muertes, desgracias, batallas, desafíos y crímenes, cometidos por el veneno, el puñal y el *revolver*. A competir con todos y con todo, se *presentó* en el jardincito de Morelos, un jacalón llamado *Teatro de Invierno*, sin duda porque estando construído con tablas mal avenidas, el aire se colaba por todo él, llevando á sus diversas localidades catarros, resfriados y pulmonías como cualquier invierno del Norte. Ya muy adelantada la Cuaresma hubo dos funciones que deben mencionarse; el estreno en Arbeu del drama de Echeagaray *Dos fanatismos*, por la Compañía Rosado, y el beneficio que en su circo dieron los bondadosos hermanos Orrin al industrial mexicano Agustín Tagle, propietario de un taller de alfarería sito en la Calzada de la Reforma y destruído por un voraz incendio que redujo á la miseria al buen obrero.

Para la temporada de Pascua, que dió principio el Domingo 10 de Abril, tomó el Teatro Nacional el director y tenor cómico Isidoro Pastor, separado de sus antiguos socios Arcaraz y Palou, y de las primeras tiples Carmen Ruiz y Ana Ferrer que tanto tiempo habían trabajado á su sombra. La nueva compañía de Isidoro Pastor, estuvo formada así: *Primera tiple de óperas traducidas y género seruo*, Rosa Palacios; *Primera tiple del género francés y español*, Enriqueta Alemany; *Primera tiple del género cómico*, Pilar Quesada; *Actriz cómica*, Adelaida Montañés; *Mezzo soprano*, Concepción Arvide; *Segunda tiple*, Julia Torrás; *Tiple genérica*, Ana Gallardo; *Característica*, Elena Areu; *Primeros tenores*, Ricardo Pastor, José Vigil y Robles; *Tenor cómico*, Teodoro Pastor; *Primeros barítonos*, Enrique Labrada, José Saperá; *Primer bajo y director*, Emilio Carriles; *Otro primer bajo*, Enrique Rodríguez; *Otros tenores cómicos*, Miguel Gutiérrez, Constantino Cires Sánchez; *Partiquinos*, Virginia Ramírez, Lucrecia Nodain, Adeline Hernández, M. Gutiérrez Fons, Miguel Buenrostro, José Munguía.—*Apuntadores*, Francisco Castell, Luis San Juan, Gabriel González.—*Maestro de coros*, Enrique Cedés.—*Maestro director y concerta-*

dor, Luis Arcaraz. Los precios del abono por veinticuatro funciones, fueron, en palcos *noventa y seis pesos*; en lunetas, *diez y seis*: los eventuales, en palcos *seis pesos*, en lunetas *un peso*. La contaduría corrió á cargo de Manuel Alfaro.

No pudo ser más feliz el principio de la temporada. En dicha noche del 10 de Abril el Gran Teatro se vió muy bien concurrido y Rosa Palacios fué en sumo grado festejada en *El Pompón*, obra elegida para el estreno; realmente no era muy común en zarzuela española oír cantar como cantaba la artista mexicana, discípula de maestros italianos y con estudios para la grande ópera: además vistió con muy buen gusto.

Para segunda de abono en la noche del martes 12 anunció la empresa la bellísima *Marina* de Emilio Arrieta y el sainete lírico *Artistas para la Habana*. Ni una ni otra obra, aquella de lo mejor que han producido los músicos españoles, ésta de las más graciosas en su género, ofrecían novedad alguna por sí solas. Sin embargo, el Nacional se vió concurrido por una sociedad numerosísima, formada por personas y familias de cierto viso, que de tiempo atrás habían ido dejando de concurrir á espectáculos de zarzuela, ó torpe ó groseramente desempeñadas por artistas que, sin la gracia española, ordinariaban en la imitación el donaire y el chiste franceses. Ese selecto público estaba allí no por la función misma, sino porque en ella y en el papel de *Jorge*, de *Marina*, iba á hacer su primera salida á las tablas el joven tenor *José Vigil y Robles*. El caso no podía ser ni más nuevo ni de mayor interés. Dos apellidos honorables y respetados en las ciencias y en el foro, en la literatura y en la política, iban á ser llevados á un tan falso y difícil terreno como el del foro teatral, por un joven, casi un niño, de precoz talento ciertamente, demostrado en la brillantez de sus estudios, en muy estimables ensayos de diversos géneros literarios, y en el manejo del lápiz y del pincel; pero niño al fin, sin experiencia en la vida, sin conocimiento de los vicios, de los horrores, de las pequeñeces, de las intrigas, de los odios, de las cábalas, de las miserias, de las envidias, y de la perversidad que, á pesar de los siglos; de la civilización y de la reforma en las costumbres, mantienen aún en pie la barrera alzada por las leyes entre el espectador y el que se ofrece en espectáculo. En ese entonces, aquel niño apenas conocía del mundo otra cosa que el oasis de un hogar honradísimo, iluminado por la virtud de una madre ejemplar, protegido por la consideración universal á las cualidades de un sabio eminente, de un político patriota é intachable: á su amparo, bajo aquella doble egida de santidad y de talento, el pequeño artista había empleado sus ocios, después del trabajo á que desde temprano se dedicó por propia inclinación, en decorar con meritísimos bocetos ya una ya otra estancia, en trasladar al papel las primicias de su ingenio fortificado en

el estudio, en divertidas representaciones en un pequeño teatro toda obra suya, decoraciones, personajes, y aun las piezas dramáticas ó cómicas que allí se recitaban, en alegrar á propios y á amigos con su voz aterciopelada, dulce, de simpático timbre y manejada con un arte sorprendente y admirable.

¿Cómo hubiésemos podido no asustarnos los que, según la expresión corriente, le habíamos visto nacer y le amábamos al par que á nuestros hijos, cuando de sus labios supimos su decisión de abrazar la carrera de artista lírico-dramático? Todo fué inútil: nuestro cariño quizás nos hizo ser crueles al procurar disuadirle de su empeño. Su vocación arrojó con todo, y así como quien bordeando un precipicio al fin viene á caer en él por exceso de precauciones para evitarlo, no pudimos impedirnos el concurrir al Gran Teatro en la citada noche del martes 12 de Abril de 1887. ¡Qué lucha aquella! Sólo un fracaso habría podido hacer retroceder de su resolución al novel artista, como se lo habíamos suplicado; y, no obstante, nuestros votos eran para que el genio le inspirase el modo y manera de hacerse aplaudir y de obtener un triunfo. Y lo obtuvo, por la aprobación unánime, general, sincera, espontánea de aquel público culto, selecto, elegante; público el más temible entre los nuestros, porque si es verdad que su circunspección jamás le permite silbar, es á la vez muy medido, muy seco para el aplauso: en la mayoría de los casos sus demostraciones de aprobación se limitan á un gesto, una sonrisa, una palmada *que se ve pero que no se oye*. En la referida noche salió de su manera de ser, y el aplauso nutrido, los *hurra*s y los *bravos* partían de los palcos y de la luneta, y es que todos se sintieron complacidos y satisfechos de que ya que de su círculo pasaba al foro escénico uno de sus miembros, el arrojo estuviese apoyado en la entera posesión de excepcionales facultades artísticas. Tanta juventud, tanto mérito, eran amparados y realzados por una modestia que de natural y sincera rayaba en humildad. José Vigil y Robles no se anunció con *letras grandes* ni pleonásticos programas, ni ofreció nada, ni demandó gracia, ni trató de prevenir á la crítica, ni de recomendarse á la clemencia; salió á las tablas como quien sabe á lo que se expone, y no ignora que la responsabilidad es sólo suya. Tímido en un principio, pronto, al verse observado por la curiosidad de la inmensa sala, por la de los mismos actores que en la escena de la presentación de *Jorge* quiso el autor que la demostrasen muy viva; se repuso é hizo fuerte, y su voz en extremo melodiosa, en extremo dulce, en extremo afinada, conmovió á todos los espectadores, porque melodiosa como nunca, dulce como nunca, y como nunca afinada, la realizaba la emoción, no del *Jorge* que vuelve á ver la *tierra prometida*, sino del artista que tocaba á las puertas del porvenir ambicionado y no sabía si el público dejaríale pasar bajo su dintel. La

sublime aria, conocida, sabida por todos, fué admirablemente dicha por el nuevo tenor, y el primer aplauso de su carrera de aplausos, resonó espontáneo, sincero, nutrido, partiendo, como ya dije, de la luneta y de los palcos. Estaba pasado el Rubicón; al final del segundo y último acto, el nuevo tenor había entrado triunfante en Roma.

Más de unos ojos, entre ellos los nuestros quizás, estuvieron velados por las lágrimas. . . . También en el foro escénico había sido honrado el apellido del ilustre jalisciense, de uno de los más eruditos escritores; del maestro en varias literaturas, especialmente la latina y la española; del periodista insigne, fundador de acreditados órganos de la opinión pública en su patria y en la vecina América; del sabio organizador de las bibliotecas de Guadalajara y de México; del intachable diputado á numerosos Congresos; del sereno historiador; del poeta y autor dramático; del caballero por todos querido, por todos respetado, al igual en América y en Europa. Perdónense mis entusiasmos. Mis amigos son mi orgullo, y es tan raro encontrarlos buenos, consecuentes y que nos honren, que la posesión de uno sólo que sea, debe celebrarse como beneficio de la Providencia. Así se piensa de la amistad cuando se ha pasado la vida cosechando decepciones, y viendo, en momentos tristísimos, trocarse en pérfidos y tal vez en canallas, á aquellos á quienes hemos servido bien y levantado sobre nuestros recursos.

El nuevo artista, José Vigil y Robles, tuvo la fortuna de que el aplauso del público en la noche del 12 de Abril de 1887, se viese confirmado por el aplauso que le otorgó, desde el día siguiente en adelante, toda la prensa de la Capital. Esto y su decidida vocación y su ansia de adelanto, le hicieron dedicarse á su arte con todo su vigoroso ardor juvenil, y no teniendo, como no tenía, repertorio alguno, trabajó sin embargo casi diariamente, siendo para él un estreno cada obra, y presentándose en ellas como si ya las hubiese sabido, en realidad como si las adivinase ó aprendiera por arte de magia, y sostuvo toda la primera parte de la temporada sin darse abasto á cosechar ovaciones y á recoger aplausos. Acciona en escena con naturalidad y elegancia, porque esto lo sabía y estaba á ello acostumbrado desde antes de ir á las tablas á representar caballeros, magnates y potentados; su corrección, su buen gusto y su lujo en los trajes, son ya, para su contento, proverbiales en toda la República, y sus viajes á Europa, sus fructuosos estudios de perfeccionamiento en Italia y en Francia, han hecho que hoy cuente varios años de pisar las tablas de los foros escénicos, sin que nunca le hayan faltado los aplausos de todos los públicos, y el aprecio y el cariño de cuantos solicitan y se honran con su amistad. Es á la vez un notabilísimo profesor de canto, y no ha dejado de seguir cultivando las letras y otras bellas artes, para las que ha tenido innata inclinación. Con todo ello se honra